

Discurso del Dr. Rafael Carral y de Teresa, Presidente de la Academia Nacional de Medicina en la Ceremonia Inaugural de la XI Jornada Médica Nacional

Sr. Lic. Eduardo Elizondo,  
Gobernador Constitucional del Estado de Nuevo León.

Sr. Ing. César Lazo,  
Presidente Municipal de la ciudad de Monterrey.

Sr. Dr. Héctor Fernández,  
Rector de la Universidad de Nuevo León.  
Distinguidos Miembros de la Mesa de Honor.

Señores académicos y estimados compañeros,

Señoras y señores:

Al iniciarse hoy la XI Jornada Médica Nacional, organizada por la Academia Nacional de Medicina, mis primeras palabras van dirigidas a la prestigiada Universidad de Nuevo León, que nació al calor del glorioso Colegio Civil del Estado, inaugurado hace 110 años. Sus primeros pasos fueron difíciles, como lo fueron los de la Academia Nacional de Medicina por los mismos años, en las vicisitudes de la Intervención francesa. Su trayectoria está vinculada no sólo con la historia del Estado, sino con la historia política y social de la República. Degollado, Escobedo y Zaragoza están íntimamente relacionados con la vida del colegio, de la misma manera que aquel médico admirable y ejemplar, de talento y de bondad ex-

cepcionales, que fue el Dr. José Eleuterio González. Permítaseme que repita un fragmento de uno de los discursos del Dr. González en el que resalta la elevación de su pensamiento, su buena fe y la sencillez de su corazón: "He procurado poner a vuestra vista e inculcar en vuestro ánimo la sublimidad de la inteligencia, la obligación de la instrucción, la necesidad del estudio, la excelencia del saber, la grandeza de la sabiduría y la incomparable belleza de la virtud, con el solo fin de estimularos a ser constantes en el trabajo, instruidos y virtuosos: ciencia, trabajo y virtud, esta es la enseña de vuestro colegio".

Deseo agradecer cumplidamente a la dirección de la Facultad de Medicina, a cargo del Dr. Sergio Martínez, su generosa hospitalidad, ya que en sus aulas será donde habrán de desarrollarse desde mañana nuestros trabajos.

Estoy convencido que fue un gran acierto del Comité Organizador de esta XI Jornada, elegir como sede la ciudad de Monterrey, bajo la égida de su Facultad de Medicina. Ya es tradicional la pujanza y el alto nivel profesional de la Medicina regiomontana. También lo es su influencia magisterial en muchas poblaciones de México, particularmente las situadas al noreste y todos conocemos la bien ganada fama de espéndidos anfitriones de los residentes

en la hermosa capital neolonesa. Y porque los regiomontanos nos han abierto su casa, al mismo tiempo que nos han entregado su corazón, estoy seguro que, al partir, nos llevaremos en nosotros el mismo sentimiento de simpatía con que nos han recibido.

Nos congregamos en esta justa científica investigadores, médicos y cirujanos venidos de distintas partes del país, todos animados del mismo espíritu, en el que se conjugan la ciencia y la fraternidad, a la vez que un vehemente deseo de aprender y de enseñar, lo que nos enorgullece y mueve nuestra gratitud. Varios académicos y médicos de aquí y de México se han echado auestas la mayor parte de la tarea de elaborar todos los detalles, grandes y pequeños, de una reunión como esta. Es el momento de ofrecerles públicamente mi agradecimiento; en particular al Secretario General, Dr. Carlos R. Pacheco y a los Secretarios Adjuntos, los Dres. Carlos Canseco, Abdo Bisteni y Leonardo Zamudio, así como a los Vicepresidentes de la Jornada, los Dres. Isaac Costero, Héctor Fernández y Enrique C. Livas y a todos los vocales. Nos esperan durante unos cuantos días intensas jornadas de trabajo en las que se desarrollarán cinco conferencias magistrales sobre tópicos de actualidad que todos hemos más o menos meditado, por lo que nos preocupan o nos cautivan, como la ética de la investigación científica, la importancia del médico general en la Medicina contemporánea, los avances de la genética, las infecciones virales y los tumores cerebrales. Diez simposios, que versarán sobre temas de

la clínica diaria, expuestos por nuestros mejores especialistas y en los cuales se confrontarán las doctrinas actuales y 32 mesas de intercambio personal que ofrecen a todos los asistentes la oportunidad del diálogo personal con autoridades médicas en muy variadas ramas de la medicina.

Ya hace tiempo que la Academia Nacional de Medicina se ha ido incorporando, cada vez más estrechamente, a todos los médicos del país deseosos de investigar, de enseñar o de aprender, con la única mira de contribuir a la superación de la Medicina mexicana. Independientemente de que con ello la Academia logra que su antiguo prestigio no quede confinado entre quienes conviven en su claustro tradicional, sino que repercute en todo el ámbito médico del país; con lo que su ascendencia adquiere perfiles nacionales y su cooperación representa un impulso de comprensión intelectual, de acercamiento nacional y de simpatía humana. A todos nos interesarán los variados temas que habrán de discutirse en la Jornada, cualquiera que sea nuestra especialidad; ya que, aún los especialistas más exclusivos requieren, además del dominio de sus conocimientos particulares, una buena visión panorámica de todas las ramas de la Medicina, con objeto de que la capacidad especial que han adquirido en un sector limitado, no implique ignorancia de lo que de fundamental hay en los campos vecinos. Lo que significa que cada especialidad debe integrarse plenamente en el seno de la Medicina considerada como un todo.

Estas reuniones nos ayudan a todos a

asimilarnos al pensamiento médico actual en los variados sectores de la Medicina y nos ponen a salvo de que, a pesar de la fragmentación a veces excesiva de nuestra ciencia, a la que obliga la saludable especialización, no resulte que llegue un día en que no nos entendamos entre nosotros mismos y nos confundamos en conceptos y en el lenguaje técnico, como en "una nueva torre de Babel", en el centro de la cual, el enfermo, como organismo integral que es, quedaría aislado y confundido en medio de un mosaico de sabiduría fragmentada.

Una de las misiones de la Academia Nacional de Medicina es situarse en la encrucijada de todas las disciplinas médicas, favorecer el encuentro entre los médicos y hombres de ciencia con horizontes diferentes y estar atenta a las grandes corrientes que animan a la Medicina y ciencias afines, dentro y fuera del país. Nuestra Corporación debe interesarse, y se interesa cada día más, en las perspectivas de la enseñanza superior y de la investigación científica así como en la calidad de la asistencia médica que se ofrece a nuestros connacionales; no con el vano propósito de alabar o de criticar, sino con el fin de encauzar las reflexiones que se suscitan y las ideas nuevas, con la mira de llegar razonablemente a establecer conclusiones. Es con ese fin que sesiona acerca de los más diversos tópicos, que tiene reuniones conjuntas con las principales instituciones médicas, que organiza seminarios mensuales de 3 días en variados centros médicos de la República y

que realiza estas Jornadas Médicas Nacionales, en su afán de hacer ciencia e impulsar su creación y su difusión y de mejorar la técnica; pero siempre atendiendo a los fundamentos de nuestra civilización espiritual humanista, basados en la convicción de que el universo tiene un significado, lo que nos la fe en el progreso y en el perfeccionamiento creciente de la humanidad. Ya que el objeto de la Medicina es servir al hombre y cada ser humano es un drama individual en el que se mezclan y confunden la angustia, la responsabilidad, la sed de crear, la necesidad de defenderse y de gozar, el deseo de victoria y el ansia de llegar, de medirse con la duración del tiempo; en suma, el imperativo de alcanzar un equilibrio en la perfección ambicionada, en la verdad, la belleza, y el amor. En este drama individual, que es a la vez conflicto y ambivalencia, nace la Esperanza que se funda, no sólo en los milagros de la ciencia y de la técnica, que nos darán mejores armas para luchar contra el dolor y la miseria de nuestros semejantes, sino también la esperanza que, al fundirse con la Caridad, se finca en la pureza de los corazones, en la piedad y en el amor. Esperanza que exige oír, amar y defender al prójimo por sí mismo, aunque a las veces sea contra uno mismo.

Que sea ese manto de humanismo el que cobije nuestra reunión, en la que imperen no solamente la sabiduría y la erudición, sino una forma de equilibrio y de plenitud psicológica, en la que el esfuerzo de cada uno de nosotros resulte en el máximo provecho de todos.